

Bibliografía

Tecnología prehistórica (Estudio de las herramientas y objetos antiguos a través de las huellas de uso). S. A. Semenov. Edit. Akal. Madrid, 1981; 382 págs.

No se entendería la evolución histórico-cultural del hombre sin el concurso de la técnica. La más antigua y rudimentaria de todas se basaba en el adecuado uso del instrumento primario por excelencia: la mano. Mediante ésta, los diversos elementos materiales que rodeaban al hombre prehistórico son modelados, desprovistos de su amorfía original, transformados en útiles o «herramientas» (término éste que por extensión se aplica hoy indistintamente pero que me permitió observar apareció con la fabricación de instrumentos de hierro).

El autor de esta TECNOLOGIA PREHISTORICA se fija especialmente en las técnicas empleadas y en las propiedades de los materiales valiéndose para ello de métodos científicos de última hora (hay que tener en cuenta que la obra en cuestión fue escrita en 1957) lo cual le permite trabajar sobre datos difícilmente escrutables por otros medios. Así, mediante el análisis lumínico espectrográfico es posible, según consigna el mismo autor, efectuar observaciones a falta de medios más sofisticados y la tinta china se revela como pigmento idóneo para reducir el grado de traslucidez del sílex. En fin, el autor va ofreciendo una serie de aspectos en la investigación de la tecnología prehistórica que comprenden desde las alteraciones morfológicas sufridas en las piezas de hueso y piedra por causas naturales, hasta las técnicas desarrolladas por el hombre para dar a las mismas una forma ajustada al fin a que iban destinadas. La obra se halla estructurada en tres partes: aspectos metodológicos, la piedra y el hueso. A todo lo relacionado con la piedra, Semenov dedica una cuidadosa atención, destacando la importancia de la elección del material y del percutor más apropiado en cada caso y aludiendo a los experimentos realizados en tal sentido por diversos prehistoriadores contemporáneos, como F. Bordes. Las cuestiones relativas al lascado por presión y por percusión conducen al autor a la exposición de los datos proporcionados a partir del trabajo en laboratorio. El análisis microfotográfico de algunos núcleos procedentes de Schakoba revelan la naturaleza de las huellas de presión y por otra parte el estudio de un conjunto de láminas de Kostienki I denota la existencia de cuatro tipos de huellas en su superficie. Abundan

por lo demás las referencias a la ultimación de los útiles, los retoques, así como las explicaciones sobre la utilidad o finalidad de éstos, aludiendo a la incógnita del uso de los llamados instrumentos intermedarios, documentado en el Neolítico y sólo conjeturado en épocas anteriores.

Igualmente minucioso es el estudio que Semenov hace del hueso y su utilización en la Prehistoria. La relevancia del trabajo realizado en términos generales con dicho material, sitúa al mismo en niveles cuasi equiparables, a muchos efectos, con el de la piedra. Es en el hueso donde el arte mobiliario tiene además su elemento material más representativo, donde el artista paleolítico se entrega a una labor informada tanto por el concepto de utilidad como de estética.

Semenov se refiere al cambio de todo orden significado en la incorporación, durante el Neolítico, de instrumentos tales como la azuela, el hacha y el formón. Ya desde el Mesolítico se incrementa la puesta en práctica de la técnica de inserción de piezas de sílex en mangos de hueso, el cual era ablandado en agua previamente. Una consecuencia de la implantación de nuevos modos de explotación de los recursos naturales y de nuevas estructuras, viene dada por la diversificación de las clases de útiles y de los materiales empleados en su fabricación. El autor, mediante un exhaustivo estudio, señala tales extremos, consolidando la idea de la importancia extraordinaria que el desarrollo de sucesivos modelos tecnológicos alcanzó en la configuración del sedentarismo. Lo cual equivale a decir el advenimiento de una auténtica revolución en el plano ecológico.

RAMÓN GRANDE DEL BRÍO

SCHULLE, W.: «Orce und Galera». Verlag Philipp Von Zabern. Mainz am Rhein, 1980.

En la presente obra, el autor ofrece un pequeño avance de los resultados obtenidos en las excavaciones efectuadas en los yacimientos del Cerro de la Virgen de Orce y el Cerro del Real de Galera (Granada).

Tras una breve referencia a la cartografía y la metodología aplicadas, dicho autor pasa a la exposición de la técnica de excavación y su interpretación.

Evitaremos el portmenorizar acerca de las fases y materiales, cosa que no es de nuestra competencia. No obstante, uno de los elementos más importantes, la fortificación, parece haber sido realizado en un momento previo a la construcción del poblado. Ello induce al autor a suponer que este poblado y el de Galera cumplen una función de fortines, en donde se establecerían los inmigrantes metalúrgicos que vinieron a explotar el cobre peninsular. Esta hipótesis de los fortines costeros, muy enraizada en la difusión cultural *ex oriente lux*, podría aceptarse si el mismo autor no dijera que las puntas de flecha de sílex son raras y limitadas a los estratos bajos.

En base al apoyo de sus propios planteamientos heurísticos, el autor realiza un estudio de tipo geográfico-geológico de situación, así como del clima, fauna y flora, para finalizar con una valoración cultural de los yacimientos en cuestión. Lo cual puede considerarse como el trabajo de síntesis.

En la segunda parte, más descriptiva, aborda el estudio en detalle de la estratigrafía y diferentes elementos materiales referidos al Cerro de la Virgen de Orce. En cuanto al Cerro del Real se limita casi exclusivamente a realizar un estudio de la necrópolis.

Como nota destacada cabe reseñar la gran abundancia de material gráfico que acompaña esta obra, principalmente referido a la cerámica, siendo de resaltar la estimable calidad de las ilustraciones en general. El libro incluye un breve resumen en castellano.

F. JAVIER GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE

Die Kelten in Baden-Württemberg, herausgegeben von Kurt Bittel, Wolfgang Kimmig, Siegwalt Schiek unter Mitarbeit von Rolf-Heiner Behrends, Jörg Biel, Rolf Dehn, Klaus Eckerle, Gerhard Fingerlin, Franz Fischer, Inken Jensen, Adelheid Linden, Dietrich Mannsperger, Verena Nübling, Dieter Planck, Hartmann Reim, Jutta Stadelmann, Wolfgang Struck, Eberhard Wagner, Gertrud Wamser. Konrad Theiss Verlag, Stuttgart, 1981. 533 páginas, 438 figuras (en negro y color, incluso mapas y planos).

Este magnífico volumen representa un examen muy completo de la época del hierro en la región del sudoeste de Alemania. Para hacerlo se han reunido, bajo la dirección de los maestros consagrados en este campo, los especialistas de las universidades, los museos y el servicio de excavaciones y antigüedades de Baden-Württemberg. Se compone de dos partes: diez capítulos tratan en la primera de los temas generales (quiénes eran los celtas, su organización, religión, arte, etc.) y una segunda comprende por orden alfabético la descripción de los yacimientos arqueológicos y hallazgos que corresponden a la época céltica, con lo que el lector dispone de una guía para visitarlos. La parte gráfica es más que

un elemento auxiliar por la calidad de las reproducciones y la minuciosidad de la información topográfica. Todo en conjunto, un modelo difícil de imitar.

El primer capítulo, «Los celtas y nosotros», se debe a Bittel; recuerda la ruina y olvido de los celtas, que sólo en Irlanda pudieron mantener más tiempo su personalidad. Modernamente resucita el interés por ellos, en Francia especialmente, y no sin la celtomanía de traer a la lengua bretona directamente de la descendencia de Jafet en Senaar. Bittel presenta luego la sucesión de los primeros hallazgos prehistóricos desde el siglo XVI, de las primeras y en general destructoras excavaciones en el siglo pasado, cuando H. Schreiber, K. Wilhelmí y E. Paulus inician las excavaciones científicas y las sitúan en su época, e incluso el primero de los tres los atribuye a los celtas. Con orgullo puede el autor referirse a los progresos de la investigación desde mediados del siglo XIX. El inventario de sitios excavados es impresionante, así como los hallazgos no casuales, sino logrados en sistemático trabajo.

Por el valor general que tiene para hacer ascender en el tiempo la identidad étnica de la arqueología de la región queremos transcribir aquí lo que Bittel dice de que ya hace más de medio siglo los resultados de las excavaciones habían llevado a los investigadores (él mismo, E. Wahle y P. Goessler) a denominar «celta» al período de La Tène en Alemania, pero no les parecía «imposible que el grupo occidental de la cultura de Hallstatt haya sido ya celta» (p. 38). G. Kraft sostenía que en la formación de los celtas tuvieron un papel decisivo, en la edad de bronce, las gentes de los campos de urnas, lo cual ha apoyado más recientemente Kimmig (p. 39). Bittel se inclina decisivamente por la identidad celta de Heuneburg (p. 43). Aunque a continuación señala que en ninguna parte la investigación ha sido tan completa que haya eliminado todas las preguntas no resueltas.

Fischer trata de los celtas y su historia, con examen de los primeros testimonios escritos. El mapa que presenta (p. 50) explica muy bien las denominaciones de «celtas» (para los más antiguos y occidentales) y «galos» (para la cultura de La Tène y su expansión hasta Asia menor), según propuse en mi trabajo aparecido en el *Homenaje a García y Bellido*. Las objeciones que algunos colegas lingüistas me han hecho (E. Campanile, J. Untermann) sobre la alta antigüedad que, no yo sólo, por cierto, atribuyo a los celtas, se ve que están inspiradas en una prudencia un tanto alicorta. La continuidad de una cultura material bien conocida puede representar muy bien la de un pueblo y una lengua. Que tal pueblo no reconociera parentescos que para nosotros son evidentes, ni se considerara «nación» en el sentido moderno, no quiere decir que un parentesco lingüístico basado, al menos en parte, en elementos de origen común, no pueda rastrearse durante unos cuantos siglos más allá de los monumentos lingüísticos.

Para Fischer está claro que el centro donde se formó el celta que más tarde aparece en la historia en varios dialectos se hallaba entre Francia oriental y Bohemia, donde la toponimia es evidentemente celta y de profundas raíces. Aceptando las hipótesis que impone la existencia del celtibérico, Fischer afirma que el «protocelta» hubo de existir «bastante tiempo antes del comienzo de la cultura de La Tène; y apenas se habrá de descender del siglo

VIII». Incluso teniendo en cuenta lo que sabemos de la difusión antiquísima del griego y de la presencia del lepóntico en Italia, habríamos de subir más en el tiempo. «Si podemos llamar celtas a los que hablaban en celta, habremos de llamar celtas a los habitantes de la Alemania del Sur y Sudoeste desde comienzos del milenio I a. C.» (p. 58). Por lo demás Fischer no deja de advertir las inseguridades en cuanto a la continuidad de gentes y lenguas en tan largo período: si no se puede dudar de la continuidad entre los campos de urnas y la cultura de Hallstatt, hay que reconocer —dice, p. 60— que el paso de la cultura de Hallstatt y La Tène... es tan multiforme y tiene tantas diferencias regionales, que aún hoy se siguen discutiendo muchas cuestiones fundamentales de este proceso». Pero en resumen «no parece que haya que atribuir la transición a un cambio de población».

El mismo autor expone a continuación el tema «Estado, sociedad y distribución de la población». Sólo el choque con los romanos despierta entre los galos algo como lo que llamamos «conciencia nacional». El estado para los pueblos antiguos de Europa era la tribu, no la nación (p. 77). Fischer por lo demás ha podido contemplar en los grandes castillos de Heuneburg y Altenburg el poder y la riqueza de los «príncipes celtas».

Bittel escribe el capítulo sobre la religión y el culto. Al lado derecho del Rin nos faltan para los celtas las descripciones que los autores antiguos, en primer lugar César, nos han dejado para la Galia. Quizá algunas coincidencias arqueológicas con Galia observadas en el sur de Alemania se deben a la emigración, documentada en las fuentes, de galos a los campos Decumates (p. 87). Bittel valora en relación con la religión monumentos de la más antigua escultura del sur de Alemania, especialmente el guerrero de Hirschlanden. Los misteriosos fosos rectangulares que se conocen con el nombre de «Vierschanzen», cuya investigación, dice

nuestro autor (p. 94), se encuentra aún «en los comienzos», pertenecen sin duda al culto, y aunque son más recientes, deben estar en relación con las grandiosas «tumbas de príncipes».

No poseemos nombres de divinidades celtas de la región, pero sí misteriosas representaciones plásticas.

Después de dos capítulos dedicados a los usos sepulcrales (schiek) y a traje y armas (Biel), trata Kimmig del arte celta. El trabajo fundamental que realizó Jacobsthal, en el que señaló el valor y originalidad del arte celta, o mejor dicho, galo, es revisado por Kimmig, que defiende que el arte de la era de La Tène no significa un corte con el anterior. Kimmig tiene que corregir las graves consecuencias que ha tenido para la idea dominante sobre los celtas aquella reducción de lo celta a la época gala. Defiende resueltamente (p. 162) que es en las tumbas principescas del siglo VI, al final de la época de Hallstatt, cuando en la estructura aristocrática que en ellas se refleja se dan las condiciones para la aparición de un arte suntuoso, con misteriosos símbolos y signos mágicos, que es el arte celta. Influidos orientales, precisamente escitas, influyen también en este arte (p. 181 y 193). El último capítulo, debido igualmente a Kimmig, acerca de los celtas y su relación con las culturas mediterráneas, es una estupenda presentación de las influencias griegas y etruscas, demostradas en la presencia de objetos preciosos importados de aquellas culturas. Tales contactos influyen también en la arquitectura (así en los muros de adobe de Heuneburg) y en la organización social.

No dejaremos sin mencionar el capítulo de Mannsperger sobre las monedas y de Reim sobre artesanía y técnica.

Obra de conjunto admirable en que se recogen los resultados de siglo y medio de excavaciones e investigación.

ANTONIO TOVAR